# Breve historia de los godos

Fermín Miranda-García

nowtilus

**Colección:** Breve Historia
www.brevehistoria.com

**Título:** *Breve historia de los godos*
**Autor:** © Fermín Miranda-García
**Director de la colección:** Ernest Yassine Bendriss

**Copyright de la presente edición:** © 2015 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

**Elaboración de textos:** Santos Rodríguez
**Revisión y adaptación literaria:** Teresa Escarpenter

**Diseño y realización de cubierta:** Onoff Imagen y comunicación
**Imagen de portada:** *Conversión de Recaredo*, de Muñoz Degrain, Palacio del Senado, Madrid.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

**ISBN edición impresa:** 978-84-9967-736-1
**ISBN impresión bajo demanda:** 978-84-9967-737-8
**ISBN edición digital:** 978-84-9967-738-5
**Fecha de edición:** Septiembre 2015

Impreso en España
**Imprime:** Exce  Consulting Group
**Depósito legal:** M-22508-2015

Para Jimena y Ojer,
protagonistas de mi historia

# Índice

Prólogo ..... 13

Capítulo 1. La niebla de los orígenes.
Entre el mito y la leyenda ..... 17
Un debate irresuelto ..... 17
Tácito, los germanos y los godos ..... 21
Camino del Sur ..... 27

Capítulo 2. Camino de la historia.
En las riberas del Imperio ..... 33
Roma en crisis ..... 33
Las «guerras godas» ..... 35
El Imperio se renueva ..... 40
Federados del Imperio ..... 45
Hacia la romanización ..... 48
Los hunos entran en escena ..... 53

Capítulo 3. Amigos o enemigos. Roma elige ..... 57
Adrianópolis ..... 57
Teodosio y el tratado de 382 ..... 61
Ante los muros de Constantinopla ..... 65
De Oriente a Occidente ..... 68
Hacia el saqueo de Roma ..... 71

Capítulo 4. Al servicio de Roma ..... 79
Ataúlfo y Gala Placidia ..... 79
Valia y la *pax perpetua* con Roma ..... 84
En Aquitania ..... 85
De los vándalos a los hunos. Arietes de Roma ... 89

Capítulo 5. Un nuevo reino, una ¿nueva? Roma ... 109
Todo cambia, todo sigue igual ..... 109
Eurico y el reino de Tolosa.
Un marco espacial y jurídico definido ..... 112
Los (ostro)godos en Italia ..... 117
Alarico II y Vouillé ..... 121

Capítulo 6. En Italia como en Hispania ..... 129
Teodorico en su apogeo ..... 131
El protectorado ostrogodo sobre Hispania ..... 141
La herencia frustrada ..... 143
Justiniano mira a Occidente.
¿*Restauratio* o *renovatio imperii*? ..... 145

Capítulo 7. Roma en Hispania.
El sueño de Leovigildo..... 155
Dos reyes en el trono ..... 155
Un programa político-ideológico
de largo alcance ..... 157
Los claroscuros de la acción de gobierno ..... 167

La rebelión de Hermenegildo ..... 170
La acción exterior.
Suevos, bizantinos, francos ..... 177

Capítulo 8. El reino de Toledo.
El sueño se hace realidad ..... 181
Una monarquía católica.
Recaredo, el nuevo Constantino ..... 181
Los límites de la realidad ..... 188
Los imperiales abandonan
la Península Hispánica ..... 199

Capítulo 9. *Rex eris si recte facias.*
La monarquía isidoriana ..... 203
La monarquía conciliar ..... 203
La monarquía legisladora ..... 212
La monarquía sacerdotal ..... 219

Capítulo 10. El fin de un reino ..... 229
Colapso del sistema ..... 229
El último rey (710-711) ..... 233
La ocupación islámica de Hispania ..... 241
...¿y el comienzo de otro? ..... 247

Bibliografía ..... 249

Glosario ..... 257

Cronología ..... 271

# Prólogo

Tiene el lector en sus manos un libro de Historia que cabe considerar de historia política, donde se narra la de los godos. Alta Edad Media o Tardoantigüedad por tanto, o ambas cosas, según la perspectiva y secuencia de un relato que no se ciñe al espacio hispánico ni mucho menos, sino al dilatado escenario del mundo godo, que alcanza anchísimos horizontes desde el Báltico al Mediterráneo Oriental, al Occidental y la península ibérica. Este perfil, con su cronología y espacio, merecen sin duda una mínima reflexión, necesariamente sucinta aquí.

Hace ya bastantes años que la historia política ha retornado con valentía y sin disfraces a las primeras filas de la investigación, donde otros intereses habían tomado posiciones más prestigiadas. Tímidamente primero, como pidiendo perdón y justificando una nueva personalidad, nadie discute ya el imprescindible marco político en el

que cobran sentido tantas otras cosas. No lo ha hecho de cualquier manera, claro; sus credenciales son la atención a las ideologías, a los vínculos personales y religiosos de sus actores, al espacio y la puesta en escena, a los intereses económicos y al universo social y mental. Y naturalmente viene acompañada de una inquisitiva mirada hacia atrás, adelante y a los lados porque la historia no es, o no debe ser, una tronera de observación hacia un punto del paisaje a cargo de un celoso vigilante, como si no existiera nada ni nadie más, sino una mirada con amplia profundidad de campo en el objetivo, preparadas las preguntas adecuadas para que los textos y contextos puedan decir algo. Para que las voces de otras disciplinas imprescindibles se puedan oír. Y orientado el cuestionario también al documento tal y como lo explicó hace mucho tiempo Marc Bloch: escrito, excavado, pintado, esculpido, hablado y, por supuesto, grabado en el paisaje. Esa es la tarea que nos plantea aquí Fermín Miranda, un medievalista particularmente especializado en la Alta y Plena Edad Media, que de paso nos recuerda que sin ese complejo período de profundo reajuste político, ideológico y social de los siglos III al VIII, no es posible comprender cabalmente todo lo que sigue en el resto de la Edad Media. La historia de los godos campa por medio continente, en las brumas de un periodo no precisamente sobrepoblado de fuentes –sobre todo en las primeras etapas– y en un marco intensamente convulso. Salir airoso de la aventura de acometer un relato coherente, actualizado y ameno, de una historia de escala europea que no sucumba en el alud de vaivenes y avatares, el fragor de las intrigas o la densidad de la reflexión, no es poco mérito. Hacerlo con una importante dosis de valoración historiográfica, atemperando excesos y proponiendo reflexiones, articulando un argumento que se pone en evidencia ya desde que se repasa el índice del libro y la relación de títulos y epígrafes de cada capítulo, nada

convencionales pero sin duda muy elocuentes, representa un valor inusual que los historiadores deberíamos intentar practicar con más frecuencia. Una cuidada bibliografía al final sostiene el trabajo; la voz directa de crónicas y textos muy bien pensados completa el argumento y la probada solvencia del investigador avala el resultado.

Decía Ortega y Gasset que la claridad es la cortesía del filósofo. Habría que añadir que también del historiador –para no hablar de otras disciplinas–. Cabe plantearse quizá, si en el actual y evidente interés por la novela histórica, que ha inundado las librerías de manera tan particular y en las cuales una parte del público disfruta con lo que entiende erróneamente como una forma amena de aprender historia, no hay quizá una llamada de atención hacia los profesionales de la historia, que tendemos a disuadir al lector sin misericordia. Si el lenguaje es el medio de comunicación y el relato la manera de explicación, el esfuerzo de rigor y precisión no puede ir reñido con la claridad y no debe impedir la amenidad y aún la belleza de la escritura. La redacción académica, erudita y con notas es parte nuclear de nuestro trabajo, imprescindible. Pero es también responsabilidad del profesional y docente salir de esos círculos investigadores que sin duda prestigian su currículum y cuentan en las evaluaciones académicas, para hacerse cargo de la difusión y divulgación general del conocimiento, para articular síntesis coherentes, amenas y atractivas que puedan llegar a un público ávido de conocimiento y de buenas lecturas. Con el rigor de quien conoce su disciplina y está al día en la investigación, pero con el esfuerzo de reflexión, el recurso del lenguaje accesible y el diseño de un argumento que sólo puede hacer quien sabe de lo que está hablando.

Que le pidan a uno escribir un prólogo, por breve y modesto que pueda ser, es un motivo de satisfacción. A la de leer en primicia un texto –como cuando se participa en

el tribunal de una tesis doctoral– se añade aquí la de que la propuesta venga de un viejo y querido amigo, con quien tengo el privilegio de trabajar desde que nuestro común maestro nos puso a Marc Bloch en las manos, nos dio unos lápices de colores para pintar mapas y nos empezó a adiestrar –entre libros y documentos, pero también sobre el terreno arqueológico, el paisaje, el habla y los topónimos, las imágenes y los colores... y entre cafés o cervezas–, en todo esto de «cómo se hace la historia». Desde que empezamos han ido y venido muchos trabajos de investigación puntual, pero Fermín Miranda tiene también una larga trayectoria acercando la Historia a todo el público. Este es un inmejorable ejemplo.

Eloísa Ramírez Vaquero
Universidad Pública de Navarra

# 1

# La niebla de los orígenes. Entre el mito y la leyenda

## Un debate irresuelto

Todavía hoy, el título oficial del monarca sueco es el de «rey de Suecia, de los godos y de los vendos». Recoge así la prolongada tradición historiográfica de que el origen último de los godos se encuentra en tierras escandinavas, las situadas al sur de la actual Suecia, en la región denominada, en su honor, Götaland.

Sin embargo, nada en las fuentes, en las escasísimas fuentes con que contamos, demuestra la certeza de semejante aserto. Todo se apoya en una lectura más que discutible del historiador y burócrata romano de la época de Justiniano («bizantino» diríamos hoy inapropiadamente) Jordanes, él mismo de origen bárbaro (¿alano? ¿godo incluso?) que escribió su *De origine actibusque Getarum* (*Sobre el origen y las acciones de los Getas*), más

conocido como *Getica*, que a su vez inspirará las palabras de los cronistas posteriores, como Isidoro de Sevilla en su *Historia de los Godos*. Más allá de la inadecuada identificación entre getas y godos, lo que interesa en este momento es que el autor sitúa el origen último de sus protagonistas en una isla del Báltico que llama Scandza («En este océano del norte esta situada una gran isla llamada Scandza»), a la que los historiadores modernos, sobre todo a partir del siglo xix, identificaron con la península escandinava.

Por el contrario, las nuevas interpretaciones del texto de Jordanes, de los geógrafos antiguos (Ptolomeo, Pomponio Mela) en los que se inspira y que hablan con mayor o menor acierto de esta zona, y de quienes siguieron a uno y otros apuntan, apoyadas sobre todo en bases filológicas, a que las referencias al mar y a Scandza sugieren más probablemente que debemos situarnos *lato sensu* en las comarcas de la desembocadura del Vístula, el entorno del golfo de Gdansk (Dánzig en la tradición española que sigue al nombre alemán) y las costas sudorientales del Báltico, donde autores como el propio Jordanes sitúan *Codanus sinus,* el golfo Codano (¿Godo?). Allí llevarían instalados, por lo que parecen apuntar los escasos restos arqueológicos, básicamente necrópolis, y las huellas dejadas en las lenguas actuales, al menos desde el segundo milenio a. C.

Aunque ese planteamiento parece abrirse camino paulatinamente, no faltan quienes insisten en que el asentamiento en la región del bajo Vístula sólo se habría producido tras una migración en torno al siglo i d. C. desde el ámbito escandinavo –la región de Götaland y la isla de Gotland–, y que entre esas mismas huellas de la arqueología (túmulos, runas) aún puede rastrearse esa procedencia.

Sobre esa base de la discusión, se genera todavía un nuevo interrogante, de mayor relieve si cabe, relacionado




Mapa del siglo xv con la descripción de Ptolomeo sobre el mundo báltico.

con el carácter germano de los godos, que, de negarse su origen escandinavo último, podrían situarse al margen, si bien en la periferia, de las tierras habitualmente relacionadas con ese conjunto de naciones, es decir, la propia Germania y ese mundo escandinavo. Aunque Tácito ya señalaba a finales del siglo I que no todos esos pueblos eran propiamente germanos, y que el nombre se había extendido por la costumbre y la comodidad que suponía. La posible vinculación del primitivo idioma godo con las lenguas bálticas (letón, lituano, prusiano antiguos) en lugar de con las más propiamente germánicas, y el distante parentesco de unas y otras, más allá de su pertenencia a la gran familia indoeuropea, pondría en cuestión las afiliaciones tradicionales, que por otro lado se extienden a más grupos, aunque no quepa duda de numerosos rasgos comunes a unos y otros, provocados por los mismos estilos de vida o por contactos duraderos y raíces comunes, por muy lejanas que pudieran resultar. La evolución de estos caracteres culturales y sociales, la

contaminación e influencias que pudieron sufrir en sus desplazamientos por Europa, el enmascaramiento incluso que su intensa y temprana romanización supone para situar sus caracteres originales, se encuentran sobre la mesa de las reflexiones. Se trata, como tantas otras, de una cuestión sin resolver.

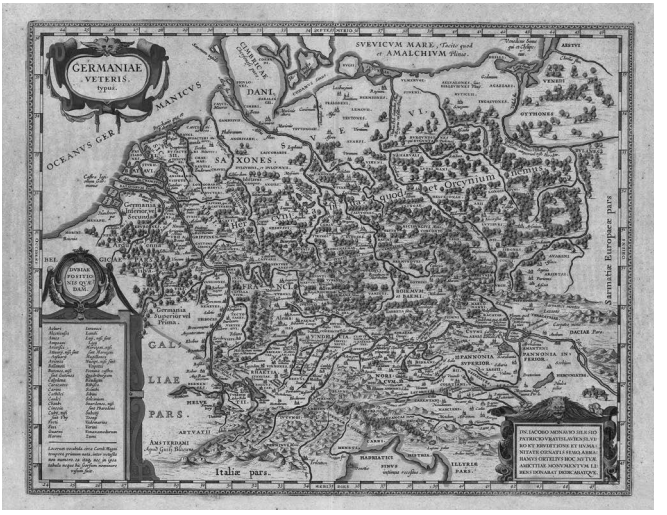
A todo ello debe añadirse igualmente otra vieja e inacabable discusión: lo adecuado o no de referirse a todos estos pueblos que, a la postre, acabaron por ocupar –o intentarlo– espacios dentro del ámbito del imperio romano, como bárbaros en lugar del más limitado, pero también empleado, de germanos. Sin cerrar el debate sobre el intenso, matizado o nulo germanismo de los godos, el empleo en apariencia más aprehensivo de «bárbaro» en el sentido estricto del latín *barbarus* –heredero a su vez del griego *βάρβαρος*–, «extranjero», parece el más correcto, y así ha sido recuperado por ciertas corrientes historiográficas, por cuanto varias de esas «naciones» (alanos, hunos, taifales, entre otros) no sólo no estaban culturalmente próximas sino que incluso se situaban completamente ajenas al ya de por sí complejo mundo germano.

Con todo, no parece que deba olvidarse que el sentido de superioridad cultural que los intelectuales romanos –como antes los griegos– transmitían en sus apreciaciones sobre los pueblos ajenos a la *koiné* mediterránea grecolatina tiñe al término de una cierta conciencia transmitida a lo largo del tiempo de incultura e inferioridad que suscitaba entonces y provoca ahora imágenes nada neutras. De hecho, los propios pueblos «bárbaros», con independencia de su posible orgullo de raza y costumbres, se esforzaron en diluir esa imagen que se les atribuía cuando su contacto con los teóricamente más cultos y desarrollados romanos alcanzó cierta intensidad.

## Tácito, los germanos y los godos

No puede desdeñarse que esa misma actitud de superioridad influyera en la escasa atención que los autores romanos dedicaban a los pueblos situados al otro lado del amplio *limes* renano-danubiano, salvo excepciones bien conocidas como la del mismo Tácito, autor, en el entorno del año 100 d. C, de una breve obra, conocida como *Germania* (*De origine et situ Germanorum*), más preocupada por buscar precisamente en el supuesto primitivismo de estos pueblos referentes morales con los que argumentar contra los vicios adquiridos por sus compatriotas que en dar a conocer sus caracteres reales. Respecto de los godos (*gotones*), da por supuesto su carácter germano, pero no sitúa su posición geográfica más allá de poder relacionarlos de modo indirecto con las costas del Báltico («el Océano») por su proximidad a otros grupos como los ligios, los rugios y los lemovios. De modo específico, apenas señala otra cosa que la de atribuirles un régimen de mayor sujeción interna a sus reyes que el de otros pueblos aunque, dice, sin suprimir su libertad; en un terreno más práctico indica que, al igual que otros pueblos, cuentan con escudos redondos y espadas cortas. De hecho, la compleja y difícilmente inteligible densidad de naciones que se movían en esas regiones bálticas, de las que habrían salido otros muchos pueblos además de los godos, llevaría a Jordanes a definirlas, en una expresión que se ha hecho célebre en la historiografía, como «*vagina nationum*».

Por lo demás, Tácito consideraba que los godos compartían una serie de caracteres generales a todos los germanos, que glosa en las primeras páginas de la obra. Hasta qué punto lo eran realmente o sólo atribuibles, en mayor o menor medida, a los que probablemente conoció más directamente, los más cercanos al Imperio, no puede establecerse. Aparte de diversas leyendas de dioses y héroes




La Germania de Tácito reinterpretada en el *Gran Atlas de Johannes Blaeu Siglo XVII*.

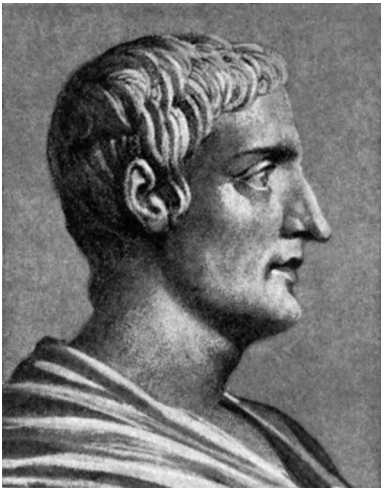
que pone en relación con personajes de la mitología y la literatura clásicas, como Mercurio, Hércules o Ulises, sostiene su pureza de raza, sin mestizajes, sobre todo porque considera que las tierras que ocupaban resultaban de nulo atractivo para otras naciones. La constitución física, con cabellos rubios, ojos azules, de elevada estatura pero incapaces de realizar esfuerzos prolongados o de resistir el calor y la sed, sería una condición común a todos los germanos, pero también singular de ellos. Habitantes de bosques y zonas pantanosas en cabañas dispersas y pequeñas aldeas; amigos de auspicios y oráculos y adoradores de deidades propias como Tuistón y Manno, y ajenas como Mercurio, Marte, Júpiter o Isis (identificables con referencias conocidas del mundo germánico como Wodan/Odín, Tiu, Thor o Nertho); vestidos pobremente y faltos de

metales preciosos o de hierro para sus armas, pequeñas y delgadas, por su incapacidad para buscar minerales; poseedores de caballos torpes y de estampa mediocre; estarían sin embargo organizados social y políticamente para la guerra, con reyes elegidos entre los nobles y destinados a encabezar el combate, pero que no mantenían una autoridad absoluta sobre sus gobernados ni sobre las asambleas, donde se votaba mediante el agitar de sus *frameas*, una suerte de arma a medio camino entre la pica y la espada.

Pero, destaca Tácito, su valentía inigualable se manifiesta en que luchan codo con codo con sus familiares y parientes, mientras sus mujeres e hijos, a los que defienden hasta la muerte, les animan y atienden; es ese el tipo de virtudes que elogia el autor y echa en falta entre sus compatriotas, como el recato de las mujeres, el respeto mutuo en el matrimonio, la atención directa de las madres a los hijos o la herencia de los lazos de amistad de generación en generación. Sin embargo, que estas y otras costumbres, como la de beber cerveza o rotar en los campos de cultivo –de escasa producción, añade–, fueran comunes a todos ellos y, por tanto, a esos godos de los que parece desconocer en realidad casi todo, sólo cabe imaginarlo.

De hecho, si se acepta la propuesta de que se encontraban más cerca de los pueblos bálticos que de los propiamente germanos, su modelo religioso, por ejemplo, se alejaría bastante del que Tácito menciona, y se apoyaría en un panteón de carácter ginecocrático, con una Diosa madre que preside una constelación de dioses menores protectores del hogar, de las cosechas y de la guerra, en las que el Sol femenino y la Luna masculina tienen un especial protagonismo.

Jordanes, más interesado en recrear la heroica historia del pueblo y de sus reyes, no aporta mucho más sobre sus posibles modelos de vida y articulación social, salvo para transmitirnos la idea de una permanente actividad



Tácito representado en el *Libro de la Historia* del vizconde Bryce (1920).

bélica y de remitir el origen de los linajes regios principales a personajes míticos como Amal, en sí mismo compendio de todas las virtudes.

Isidoro de Sevilla, en el «Elogio de los godos» (*Laus gothorum*) que cierra su *Historia de los godos,* ya a comienzos del siglo VII, aparte de seguir la estela de la confusión marcada por Jordanes y hacer a los godos descendientes de los escitas, –quizá porque les daba así un mayor relieve en el imaginario de una cultura como la hispana de su tiempo, marcadamente clasicista– insistirá en su habilidad militar e inconmensurable valor en la batalla, pero también, a diferencia de Tácito, en su innata condición para el combate a caballo. Caracteres todos ellos que les hacían dignos de haber ocupado la posición alcanzada en sus tiempos. En todo caso, se trataba poco más que de un ejercicio retórico y atemporal.

**Isidoro de Sevilla, *Historias de los godos, suevos y vándalos* (ca. 625)**

*Elogio del Godo*

Los Godos, nacidos de Magog, hijo de Jafet, tienen con toda seguridad el mismo origen que los Escitas, de los que ni siquiera se distinguen en el nombre: en efecto, si se cambia una letra y se quita otra, los Getas llevan casi el nombre de los Escitas. Habitaban las crestas heladas del Occidente, y poseían con otros pueblos todas esas abruptas montañas. Fueron expulsados de su territorio por el pueblo de los hunos, cruzaron el Danubio y se sometieron a los romanos; pero como no soportaban las injusticias que estos cometían, se sublevaron, tomaron las armas, invadieron Tracia, devastaron Italia, asediaron y tomaron la Ciudad Eterna, penetraron en las Galias, se abrieron paso por los montes Pirineos y alcanzaron Hispania, donde establecieron su residencia y su dominio. Ágiles por naturaleza, vivos de espíritu, firmes en el discernimiento, robustos de cuerpo, grandes de talla, destacados por el gesto y el comportamiento, emprendedores en la acción, duros frente a las heridas, como escribió de ellos el poeta, «los Getas desprecian a la muerte y les gustan las heridas». Sus combates fueron tan grandes, su gloriosa victoria de un valor tan eminente que la misma Roma, que había vencido a todos los pueblos, pasó por el yugo de la cautividad para sumarse al cortejo de los triunfos géticos y, maestra de todas las naciones, les sirvió como una esclava. Frente a ellos han temblado todas las naciones de Europa. Los Alpes les han bajado sus barreras; la barbarie bien conocida de los Vándalos no se asustó tanto con su presencia como fue puesta en fuga por su reputación; con su energía los Godos

> aniquilaron a los Alanos. Por su parte los Suevos, hasta hoy contenidos en los rincones inaccesibles de las Españas, deben a las armas de los Godos la experiencia de un peligro mortal y han perdido con vergüenza todavía peor el reino que habían conservado con ociosa molicie; aunque resulta sorprendente que hayan podido mantener hasta ahora lo que han perdido sin intentar defenderlo. Nadie podría describir de forma suficiente la gran fortaleza de la nación gética, puesto que a numerosos pueblos les ha costado esfuerzo dominar a base de ruegos y regalos, mientras que ellos han ganado su libertad librando combates más que pidiendo la paz y, cuando era necesario combatir, han empleado su fuerza mucho más que las súplicas. Destacan sobre el resto en el arte de las armas, no golpean sólo con la lanza, sino que también la tiran al galope; no sólo combaten a caballo, sino también a pie, aunque tienen mayor confianza en el rápido asalto de la caballería, lo que ha hecho decir al poeta, «Geta, ¿dónde vas a caballo?». Les gusta mucho ejercitarse en los lanzamientos y en los juegos guerreros.
>
> (ed. C. Rodríguez Alonso).

Las investigaciones arqueológicas tampoco nos ofrecen muchas más pistas. Durante décadas se había identificado la denominada «Cultura de Wielbark» de los siglos I a. C. al IV d. C. con la de los godos asentados en el curso bajo del Vístula. Círculos de piedra; inhumación e incineración como método mixto de enterramiento, pobreza de metales preciosos y hierro –como apuntaba Tácito– son algunas de las escasas características conocidas. Sin embargo, los especialistas actuales tienden a poner en duda esa identificación, que en buena medida




Thor, uno de los dioses principales de la mitología germana, en una imagen del siglo XVIII procedente de Islandia.

se apoyaba en la cercanía –también discutida ahora– entre esta «Cultura de Wielbark» y las coetáneas de la península escandinava.

## Camino del Sur

En suma, nos encontramos en el siglo II d. C. con un pueblo asentado desde hacía siglos en las costas sudorientales del Báltico, en una posición intermedia, desde el punto de vista geográfico y, tal vez, de la cercanía cultural, entre las naciones de rasgos germanos y las de hablas y

etnias bálticas, articulado sobre modelos más o menos monárquicos, o quizá mejor caudillistas, organizado para la guerra, instalado en un espacio dotado de pobres recursos naturales, carente de una faceta cultural de especial interés ni especificidad y que inopinadamente decidió moverse hacia el sur en unas fechas desconocidas.

Seguramente no se trata –nunca se trataba– del conjunto de la población, pero sí al menos de un importante porcentaje. Los que quedaron acabaron subsumidos en otras oleadas migratorias que a lo largo del tiempo se asentaron en esas comarcas que ahora se abandonaban.

Jordanes –otra vez– nos da el nombre del «rey» que habría puesto en marcha a los suyos, Bedrig, y los habría instalado en las tierras a las que denominaron Gothiscandza, donde vencieron a ulmerugos y vándalos, a los que sometieron. Los partidarios del origen escandinavo ven aquí el paso de una a otra orilla del Báltico, y Gothiscandza sería, ahora sí, la comarca de la desembocadura del Vístula. Los contrarios a esta imagen sostienen que se trataría de un desplazamiento desde las riberas del mar hacia zonas cercanas pero más al interior.

Cinco monarcas más tarde, Filimer, hijo de Gadarig, acuciado por el aumento de población, habría trasladado a su pueblo hasta Oium, en las tierras de los Escitas, en el entorno de la actual Ucrania, tras haber derrotado a los *Spali*, probablemente los sármatas que habitaban esa zona y cuyos restos formarán pueblos como los alanos. Con independencia de la autenticidad de unos nombres que se pudieron transmitir oralmente en el tiempo, cinco generaciones –si lo fueron– suponen algo más de un siglo de desplazamientos hasta las décadas centrales del siglo III. Por desgracia, la falta de referencias de Jordanes y su empeño en mezclar a godos y getas (dacios) en esta parte de su relato complican aún más si cabe situarnos en la realidad del tiempo y el espacio.

Lo épico de la narración nos oculta, sin embargo, las causas últimas de la migración de todo o buena parte de un pueblo, como si hubiera constituido la decisión, aceptada por el conjunto, de un monarca visionario del futuro de gloria que les esperaba. Pero parece que abandonar unas tierras de hábitat plurisecular exige motivaciones más prosaicas y racionales.

Obviamente, el proceso de las migraciones de los pueblos bárbaros no puede analizarse sobre la base de fenómenos individualizados y, en consecuencia, el desplazamiento de los pueblos godos debe integrarse en ese conjunto. Tras siglos de interpretaciones apoyadas en la mayor riqueza del mundo romano y la avidez de botín de los salvajes y/o valientes germanos, en la mesa de debate se han introducido otro tipo de elementos como las hambrunas provocadas por las malas cosechas continuadas, en consonancia con el paulatino enfriamiento que sufrió el hemisferio norte y que se constata en los registros arqueológicos al menos desde la tercera centuria de nuestra era. Si, como parece, el avance de hielos y glaciares se acusa en las tierras más septentrionales y el frío se apoderó durante buena parte del año de los espacios más continentales, los movimientos en masa que se producen de este a oeste desde las estepas euroasiáticas, y de norte a sur desde el mundo báltico y germánico, con el consiguiente empuje que unos pueblos más agresivos en su avance realizaron sobre otros incapaces de resistirse o detenerlos, ofrece mayor verosimilitud que el mero afán de botín y conquista.

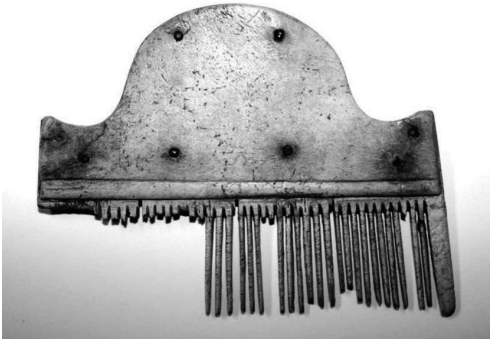
La imagen de Filimer y sus godos al llegar a las más cálidas tierras de los sármatas escitas, que les asombraron por su gran prosperidad (*magna ubertate*), parecen bastante elocuentes situadas en ese contexto. Y los sucesivos enfrentamientos que Jordanes señala con los diversos pueblos que habrían encontrado y sometido en su desplazamiento desde el norte reflejarían la compleja lucha por el control

de los espacios más fértiles en busca de una mejor vida que su lugar de origen les negaba. Que en ese proceso el espíritu y la habilidad guerrera se acentuasen parece inevitable, y esos caracteres ensalzados por el propio Jordanes o Isidoro de Sevilla como característicos pero probablemente comunes a todos ellos muestran aquí su sentido más lógico en ese contexto de lucha permanente a la que sólo los mejor preparados consiguen sobrevivir.

Pero, como también ha destacado la historiografía reciente, el largo peregrinaje y sus violentas escalas supuso, en los godos como en otros pueblos, una necesaria ampliación del espectro de *gentes* que componían el conjunto. Aunque la *natio* goda resultase dominante, grupos de los pueblos sometidos se le fueron incorporando, bien como esclavos y servidores, bien como guerreros auxiliares, y le dotaron de esa característica mezcolanza que presentaban todos los pueblos que cruzaron el *limes* romano en los siglos posteriores. Si en sus primeros tiempos habían presentado realmente algunos o muchos de aquellos caracteres que Tácito atribuía a todos los germanos, sus contactos, pacíficos y/o violentos crearon una base cultural y étnica más diversa, aunque desconozcamos su intensidad y composición. Los restos arqueológicos conocidos como «Cultura de Sântana de Mureș/Tchernjachov», que se extienden desde Transilvania hasta Ucrania, parecen la imagen material más cercana de ese cruce de culturas, donde se mezclan inscripciones rúnicas y casas de madera norteñas con construcciones monumentales y recintos amurallados en piedra más propios de espacios meridionales; los rituales funerarios mixtos de inhumación e incineración también se hallan presentes, y no faltan huellas de relaciones comerciales con el mundo romano, como manifiestan los tipos cerámicos.

Aunque las escasísimas muestras escritas en lengua gótica proceden de los siglos inmediatamente posteriores,





Peines de hueso de la cultura de Sântana de Mureş. Objetos similares se han encontrado en yacimientos españoles del siglo VI.

permiten intuir algunos rasgos básicos del modelo sociopolítico de estos momentos, pero no cabe establecer hasta qué punto conservaban sistemas heredados de los tiempos bálticos o venían obligados por la propia simbiosis y por las

nuevas condiciones de asentamiento, como parece sugerir la mezcla de términos procedentes de diversos ámbitos lingüísticos (germánicos, bálticos, celtas, iranios).

Resulta complicado en todo caso buscar un equivalente entre esos términos y los coetáneos que pudieron usar los autores latinos, y más aún con vocablos actuales. Conceptos como *natio*, *rex* o *regnum* parecen muy lejanos a estos modelos y por tanto las identificaciones deben tomarse con muchas reservas y matices. El pueblo godo estaría así presidido por un «rey» o «juez supremo» (*thiudans*), cabeza de un consejo de propietarios (*maistans*) y ancianos (*sinistans*), y de un conjunto de tribus (*kuni*), cada una de ellas encabezada por un caudillo (*reiks*) que la conduce en la guerra y administra la ley, aparte de elegir, con sus iguales, al *thiudans*. La cascada de fidelidades se extiende desde el monarca hasta los esclavos, con la familia extensa (*inakunds*) como núcleo fundamental.